

La carta del GETEM

Carta número 48, septiembre de 2023

“Golpes de Estado en África y los vestigios de la *segunda liberación* africana”, por Alicia Campos Serrano

En los últimos cinco años se han producido en África varios golpes de estado que han dado lugar al establecimiento de nuevos gobiernos, de carácter militar, en siete países, casi todos ellos en el Sahel: **Sudán** (2019, 2021), **Mali** (2020, 2021), **Chad** (2021), **Guinea** (2021), **Burkina Faso** (2022), **Níger** (2023) y, en el Golfo de Guinea, **Gabón** (2023). Además, países como Guinea-Bissau, Gambia y Sao-Tomé han enfrentado intentos infructuosos. Resulta difícil no hacer paralelismos con lo ocurrido hace treinta años cuando, tras la caída del Muro de Berlín, se inició una ola de reformas políticas en toda África que, empezando por el fin del *apartheid*, fueron cambiando los gobiernos militares y de partido único por otros surgidos de la celebración de elecciones entre distintos partidos políticos. En un momento de euforia, el presidente sudafricano Thabo Mbeki, se refirió a este proceso como la “[segunda liberación de África](#)”, que iría a completar los procesos de independencia respecto de los imperios europeos de tres décadas atrás.

¿Estamos, por tanto, ante el inicio de un nuevo ciclo político en el continente, esta vez en sentido contrario al anterior? El hecho de que estos golpes de estado se estén produciendo en un contexto mundial en el que las dinámicas autoritarias parecen estar reforzándose, incluso en lugares con tradiciones liberales como Estados Unidos o la Unión Europea, incita a responder positivamente a esta pregunta. Por otra parte, las tortuosas trayectorias de las reformas políticas iniciadas en África en los 1990s nos previenen contra una lectura demasiado lineal. Solo los futuros historiadores podrán concluir definitivamente si los años 2020 constituyen **un nuevo turning point**, como lo fueron aquellos en torno a 1945, 1960 o 1989. Ahora solo podemos señalar tendencias y matizar las apariencias.

La ola de golpes de estado en África

Sudán. Tras meses de protestas populares contra el largo gobierno autoritario de Omar al-Bashir, en abril de 2019 el ejército liderado por el teniente-general Abdel Fattah al-Burhan [depuso al dictador y estableció un Consejo Militar Transitorio](#). Posteriormente, se estableció un Consejo Soberano con miembros civiles y militares con el objetivo de organizar unos comicios para la elección de un nuevo gobierno. Un [nuevo golpe militar en octubre de 2021](#) puso en cuestión la participación civil en el Consejo, que se convirtió en plenamente militar cuando

el primer ministro Abdalla Hamdok lo abandonó en 2022. Estas maniobras no dejaron de tener una [fuerte contestación social](#) en las calles, duramente reprimida.

En [abril de 2023 estalló un cruento conflicto](#) por el control del país entre el ejército regular y las Fuerzas de Apoyo Rápido, una milicia paramilitar con origen en la guerra de Darfur, dirigidas por el general Mohamed Hamdan Dagalo. La [situación humanitaria](#) en el país ha sido descrita como de catastrófica por Naciones Unidas.

Mali. También en el contexto de protestas populares, articuladas por el *Mouvement du 5 Juin. Rassemblement des forces patriotique*, un grupo de las Fuerzas Armadas liderado por Assimi Goïta entre otros [depuso, en agosto de 2020, al presidente Ibrahim Boubacar Keïta](#). Este había llegado al poder en las elecciones de 2013, celebradas después de otro golpe de estado el año anterior, y durante su gobierno, las zonas centro y norte del país se ha visto arrasadas por un conflicto armado generalizado, en el que participan además de las Fuerzas Armadas, el movimiento autonomista tuareg de Azawad, los grupos yihadistas Ansar Dine y Al-Qaeda en el Magreb Islámico, milicias locales enfrentadas por el uso de la tierra, o el ejército francés, liderando una coalición militar regional bajo la Operación Barkhane.

Inicialmente, los líderes golpistas nombraron a dos civiles, Ba N'Daou y Moctar Ouane, como presidente y primer ministro respectivamente, para que condujeran una transición democrática, pero al igual que ocurrió en Sudán, Goïta volvió a dar un [nuevo golpe en mayo de 2021](#), estableciendo un gobierno plenamente militar bajo su dirección. Desde entonces, las nuevas autoridades malienses han buscado un cambio de sus alianzas externas, prefiriendo a Moscú o al grupo de mercenarios rusos Wagner a la antigua metrópoli. Por su parte, [París ha retirado sus tropas del territorio](#), al igual que lo han hecho los cascos azules de Naciones Unidas: [en junio de 2023, el Consejo de Seguridad puso fin a la MINUSMA](#), la misión que mantenía la organización mundial en Mali.

Chad. En abril de 2021, el presidente Idriss Déby murió en los combates entre el ejército y el grupo armado Frente para la Alternancia y la Concordia en Chad (FACT), en el noroeste del país. Lo hacía un día después de haberse proclamado vencedor en unas elecciones presidenciales, por sexta vez desde que llegara al poder en 1990 por una rebelión militar. Tras su muerte, su hijo [Mahamat Déby se proclamó jefe de un Consejo Militar Transicional](#), con el compromiso de alejar al país de los modos autoritarios de su padre y conducir al país hacia un gobierno civil.

Durante los siguientes meses, las prometedoras negociaciones entre la junta en el poder y los diversos movimientos sociales y grupos de la oposición, se fue estancando, hasta que en octubre de 2022 Mahamat Déby se proclamó presidente de un gobierno de transición y pospuso las elecciones hasta octubre de 2024. En la calle, [protestas sociales fueron acalladas con violencia](#) por parte de las fuerzas de seguridad que, además de causar decenas de muertos, iniciaron una campaña de detención y hostigamiento contra la oposición política. No obstante, algo se ha avanzado en el [diálogo entre el gobierno y distintos grupos armados](#), incluido el FACT, desde el encuentro celebrado en Doha en abril de 2022.

Guinea. En septiembre de 2021, el líder de las Fuerzas Especiales Mamady Doumbouya [derrocó al presidente Alpha Condé](#) y estableció un *Comité National du Rassemblement et du Développement* – CNRD. Un año antes, Condé se había proclamado vencedor de las elecciones, después de conseguir la modificación de la Constitución para permitir la reelección presidencial más allá del segundo mandato. Condé había llegado al poder por primera vez después de que otro golpe de estado en 2008 propiciara una transición a la democracia y la celebración de las primeras elecciones democráticas dos años más tarde.

En esta ocasión, a pesar del inicial apoyo popular y las medidas tomadas, como el establecimiento de un parlamento interino y la promesa de un proceso constituyente, la oposición articulada por el Frente Nacional para la Defensa de la Constitución (FNDC) [se ha movilizado para mostrar su creciente descontento](#). En respuesta, el gobierno de Doumbouya ha prohibido las manifestaciones, en las que han muerto varias personas y ha disuelto la FNDC.

Burkina Faso. [Dos golpes de estado, en enero y en septiembre de 2022](#), derrocaron primero al presidente Marc Kaboré y luego al líder del primer golpe Paul-Henri Damiba. Kaboré había llegado al gobierno gracias a las primeras elecciones libres en 50 años en el país, en 2015, y había vuelto a ganarlas en 2020. El principal motivo alegado por los golpistas en este caso fue la incapacidad del estado por contrarrestar el empuje de la insurgencia yihadista, que se ha ido haciendo fuerte en el norte y centro del país.

La junta militar, Movimiento Patriótico para la Salvaguardia y Restauración, está actualmente presidida por Ibrahim Traoré, que [no ha dado ningún paso](#) hacia la devolución del poder a estamentos civiles. Por otra parte, a lo largo de estos meses, la situación con respecto a la seguridad no ha hecho más que empeorar, al tiempo que las libertades políticas se han ido deteriorando a manos tanto de los grupos yihadistas, como de las fuerzas armadas y milicias locales afines. Como en el caso de Mali, las nuevas autoridades están negociando un [acuerdo de cooperación militar con Rusia](#).

Níger. En julio de 2023 el general a cargo de la guardia presidencial, Omar Tchiani, [derrocó al presidente Mohamed Bazoum](#), elegido en 2021 en la primera alternancia política que se daba en el país por vía electoral. A pesar de su corta presidencia, este era el segundo intento de golpe que sufría. Las razones argumentadas por los golpistas, también aquí, han sido inseguridad vinculada al yihadismo que ha ido avanzando desde la vecina Mali.

El cambio de gobierno en Níger ha supuesto, como en Mali y Burkina, un cambio en la alineación geopolítica del país, que está revirtiendo los acuerdos militares a los que el presidente Bazoum llegó con Estados Unidos y Francia. Ello ha supuesto la [retirada de las tropas francesas](#) y el acercamiento a Rusia. Ante el temor de una operación conjunta de intervención con apoyo francés desde países vecinos, los tres gobiernos [acaban de firmar una Alianza de los Estados del Sahel](#), en el que han acordado defenderse mutuamente frente a rebeliones internas o agresiones externas.

Gabón. El último golpe de estado producido hasta la fecha en África ha sido el único que no se ha producido en el Sahel o su vecindad, sino en el Golfo de Guinea. En esta ocasión, el [depuesto ha sido el presidente Ali Bongo Ondimba](#), poco después de que se declarara vencedor de unas elecciones plagadas de

Democracia y seguridad en cuestión

Hay buenas razones para considerar que estamos ante una **ola de golpes de estado**, con cierto elemento de contagio entre estamentos militares, y no solo de la suma de casos aislados coincidentes en el tiempo. Existen **elementos comunes** en muchos de ellos: salvo Sudán, todos los países afectados son francófonos, y la mayoría se encuentran en el Sahel, exceptuando a la vecina Guinea y el más lejano Gabón. Todos menos este último, se contabilizan entre los países de Bajo Desarrollo Humano del IDH del PNUD, cinco de ellos entre los diez últimos del mundo. El [cambio climático está agravando estas situaciones](#), reduciendo las tierras fértiles y poniendo en peligro las formas económicas locales.

Por otra parte, **ninguno de los estados del Sahel es capaces de asegurar la hegemonía de la violencia sobre sus territorios, ni asegurar la seguridad a sus poblaciones**. Como hemos visto, sus gobiernos se enfrentan a grupos armados de distinta naturaleza desde yihadistas, a movimientos separatistas, milicias locales o ejércitos alternativos. Redes criminales, con distintos grados de connivencia con las autoridades del estado o estos grupos, [atravesan el territorio transportando oro, armas, drogas o personas](#).

También los **procesos de cambio de los años 1990** se debieron a una crisis generalizada de los estados africanos, pero en aquella ocasión eran mayoritariamente gobiernos militares o de partido único los que se habían demostrado incapaces de resolver los problemas económicos y sociales, agravados por las políticas de ajuste estructural. El contexto internacional de entonces también difería enormemente del actual: el fin de la Guerra Fría facilitó que Estados Unidos y las antiguas metrópolis europeas cambiaran su tradicional apoyo a gobiernos con independencia de su pedigrí democrático, e impulsaran políticas de apoyo a las sociedades civiles y a las transiciones democráticas en marcha en el continente.

La **coyuntura actual**, tanto interna como más amplia, parece funcionar en el sentido contrario. Los pocos réditos para la seguridad y el desarrollo de los regímenes civiles **parecen haber desprestigiado a las elecciones** como método de selección de los gobernantes. El entusiasmo visto en las calles ante los golpes de estado de Mali, Guinea, Burkina, Níger o Gabón refuerzan esta impresión de cambio de ciclo. Si atendemos a las opiniones recogidas por el centro de investigación [Afrobarometer](#), la [preferencia de los africanos por la democracia se ha reducido](#) del 73% al 63% durante la última década.

No obstante, es necesaria **cierta cautela antes de ratificar el desprestigio de los modos democráticos** entre los africanos. Los gobiernos contra los que se ha levantado parte del estamento militar que los sostenía no pueden describirse propiamente como democráticos. De hecho, los golpes en Sudán, Mali o Guinea se dieron en un contexto de protestas populares contra los gobiernos, no solo por su ineficiencia en asegurar la seguridad y el bienestar generales, sino también por su corrupción y sus modos autoritarios de gobierno. Por otra parte, solo los presidentes civiles de los tres países del Sahel central habían surgido de elecciones no cuestionadas internacionalmente, pero incluso en estos casos sufrían de un fuerte cuestionamiento popular interno.

La **relevancia de la democracia** se ve también en muchas de las esperanzas inicialmente alimentadas por los golpes e incluso en las primeras medidas tomadas por las nuevas autoridades. Salvo en el caso de Burkina y Níger, en todos los demás se nombraron primeros ministros civiles, se establecieron juntas de transición y se prometieron elecciones en un futuro cercano. Sin embargo, a esta primera fase ha seguido en casi todos ellos el **aborto de estas dinámicas**, en algunos casos a través de un segundo golpe militar como en Sudán, Mali y Burkina. Por su parte, en Chad o Gabón los levantamientos militares han asegurado la continuidad del mismo grupo que ocupaba el poder, por medio de otras personas, aunque ello no implica necesariamente la continuidad de las mismas políticas. En cualquier caso, a pesar del carácter relativamente incruento de casi todos los golpes que estamos analizando, el uso creciente de la represión en los meses y años subsiguientes para mantenerse en el poder da buena cuenta de la existencia de reivindicaciones políticas y sociales desatendidas.

Por otra parte, los **nuevos gobiernos militares no están siendo más eficaces que los depuestos en asegurar la seguridad** en la región del Sahel. Y eso a pesar de que constituyó la principal justificación de los golpes que se dieron en los países que ahora conforman la Alianza de los Estados del Sahel. Debe subrayarse que no son solo los grupos yihadistas y otras milicias sino también los gobiernos y sus nuevos aliados, como el grupo Wagner, quienes [contribuyen a la inseguridad y a la violación de los derechos humanos](#) de la población local. En Sudán, por su parte, la guerra entre el ejército y las Fuerzas de Apoyo Rápido está derivando en gravísimas violaciones de derechos humanos que algunos tildan ya de genocidio. Tan solo en Chad se ha avanzado en el diálogo entre gobierno y los grupos armados que operaban en distintas partes del país.

Ciertamente, **la democracia entendida de manera estrecha**, como un mero mecanismo para cambiar el gobierno de cada uno de los países, **se ha demostrado como un instrumento muy ineficaz frente los enormes problemas sociales, medioambientales y de seguridad que enfrentan muchos países en África**. Pero previsiblemente **el establecimiento de gobiernos militares y autoritarios tampoco será capaz de atajar estas situaciones de manera satisfactoria para la mayoría de la población**.

El contexto internacional

Sería reduccionista explicar todos estos acontecimientos políticos y militares en clave fundamentalmente interna ya hemos visto cómo una diversidad de actores, de lugares más o menos lejanos, juegan distintos papeles en ellos. Los grupos armados que se enfrentan en el Sahel a los ejércitos de los estados, y entre sí, están formados, en gran medida, por líderes y milicianos autóctonos, y se nutren de disputas locales. Pero a menudo adoptan estrategias regionales y transnacionales, y buscan financiación e inspiración en el exterior. El derrocamiento y ejecución de Muamar el Gaddafi, en 2011, y la posterior implosión de Libia en una cruenta guerra civil, alimentó el Sahel de muyahidines y armas.

Hoy en día, distintos grupos yihadistas han declarado su lealtad a uno de los dos movimientos rivales surgidos en Oriente Medio: al-Qaeda y el Estado Islámico. Sus mismos proyectos políticos son profundamente transnacionales, y ponen en cuestión un elemento estructural clave de en el orden político poscolonial, como

son los estados soberanos. La construcción de un estado islámico en el Sahel no se hace sobre la base de las fronteras establecidas en el proceso de descolonización, y [se inspira en organizaciones políticas antiguas](#) como el reino Kanem-Bornu. Otros grupos armados, como el que combate con el ejército del Sudán o del Chad, sin embargo, sí mantienen a los estados actualmente establecidos como marco de referencia, con independencia de que atraviesen sus fronteras en sus maniobras militares.

Gobiernos de potencias mundiales y regionales también constituyen actores principales en el escenario africano. La llamada "guerra contra el terrorismo", lanzada por Estados Unidos en 2001 tras los ataques a las Torres Gemelas, se ha ido expandiendo de Oriente Medio a otros escenarios como el Sahel o África Oriental. Bajo su [Trans-Sahara Counterterrorism Partnership](#), Washington mantiene acuerdos de cooperación militar con los gobiernos de la zona que incluye el despliegue de tropas propias. En Sudán, donde su influencia ha sido históricamente mucho menor, trata de jugar un papel mediador junto con el gobierno saudí.

La principal potencia exterior en casi todos estos países es, sin embargo, Francia, cuyos intereses son múltiples: desde el control de la amenaza yihadista que se ha hecho presente en su mismo territorio, a la extracción del uranio que alimenta sus centrales nucleares, y el mantenimiento de su influencia en sus antiguas colonias. Es París la que ha liderado hasta ahora las principales operaciones militares internacionales contra el yihadismo. En 2013, sus tropas fueron recibidas por muchos malienses con vítores cuando encabezaban la misión internacional, autorizada por el Consejo de Seguridad, para repeler el avance de los grupos que habían ocupado las ciudades del norte de Mali. Posteriormente, ha liderado la Operación Barkhane, ha participado en la [misión de Naciones Unidas en Mali \(MINUSMA\)](#), y ha apoyado y financiado a la Fuerza Conjunta del Grupo de los Cinco del Sahel (Burkina Faso, Chad, Malí, Mauritania y Níger).

Sin embargo, su presencia ha provocado cada vez más rechazo, percibida a menudo como soporte necesario de gobiernos con poca legitimidad, y sin que ello se haya compensado con un aumento de la seguridad. Su retirada de Mali, Burkina Faso y Níger tras los golpes de estado, recibida en ocasiones con [expresiones de euforia en las calles](#), está generando una profunda alteración de las estructuras militares regionales. Se mantienen, sin embargo, los efectivos europeos enmarcados en programas de entrenamiento como el [European Union Training Mission Mali](#).

Pero la retirada de Francia y la MINUSMA, lejos de suponer una disminución de la dependencia de los nuevos gobernantes, está siendo compensada por el reforzamiento de otros lazos. **Los tres miembros de la Alianza de los Estados del Sahel están recibiendo la ayuda militar rusa, al tiempo que los mercenarios del Grupo Wagner se han convertido en principales soportes de los ejércitos nacionales.** Por su parte, la gran potencia mundial que es China se ha mantenido fiel a su principio de no manifestarse abiertamente sobre los procesos internos de los estados africanos, y de cooperar con quienes quiera que ocupen los gobiernos en África.

La mayor parte de estos países son productores de importantes recursos minerales que, salvo en el caso de alguna minería artesana, son extraídos por

empresas extranjeras. Todos los países del Sahel y Guinea producen **oro**; Níger, junto con Mali, es productor principal de **uranio**; el **petróleo y el gas** son las principales exportaciones de Chad y Gabón. Hay una diversidad de otros minerales que se encuentran desigualmente distribuidos: solo Burkina Faso produce **oro, zinc, cobre, manganeso y fosfatos**. Estos recursos se comercializan por vías regularizadas, pero también [a través de redes ilegales](#), por donde también transitan armas y drogas.

Esta [específica inserción de la región en las relaciones políticas y económicas internacionales](#) proporciona a muchos actores locales, tanto gobiernos como grupos armados, palancas y fuentes de recursos para sus objetivos específicos. Sin embargo, en su conjunto, estas estrategias de extraversión favorecen la situación general de inseguridad, pobreza y formas autoritarias de poder que se están viendo exacerbadas en los últimos tiempos. La disponibilidad de recursos externos, en forma de rentas o ayuda militar, contribuye no solo a la debilidad de los estados, sino también de los contratos sociales entre poblaciones y autoridades que garanticen unos derechos mínimos de ciudadanía.

Por su parte, el apoyo internacional que las reivindicaciones locales de democratización encontraron hace tres décadas son ahora mucho más exiguas. Las derivas populistas y antidemocráticas en gran parte del mundo, incluidas grandes y medianas potencias como Estados Unidos, India, Brasil o países europeos, debilita la solidaridad social y política con los grupos que luchan por los derechos políticos y sociales en otros lugares. Por otra parte, **la ausencia total de compromiso con los derechos humanos de los nuevos socios de los gobiernos del Sahel central**, como el gobierno ruso, convierten a estas alianzas en una fuente más de violaciones de los mismos en su lucha contra el yihadismo.

En estas condiciones, las reacciones sociales son diversas: una de las posibilidades para los hombres jóvenes en el ámbito rural, es unirse a grupos armados que prometen una reversión de la situación de forma radical. Pero mucho más extendida es la huida, la "opción salida". En una región en el que el movimiento de personas ha sido históricamente intenso, son muchas las personas que optan por buscar seguridad en otros lugares. [Según ACNUR, en 2022](#) había 3 millones de personas desplazadas internamente y más de un millón de refugiados que habían atravesado las fronteras estatales en el Sahel central. Por su parte, [Sudán, tradicionalmente acogedor de refugiados](#) de los países vecinos, es ahora escenario del desplazamiento interno de cuatro millones de personas, mientras que cientos de miles se han visto obligadas a huir del conflicto actual, a través principalmente de la frontera del Chad.

¿Y cuál es el papel de las organizaciones internacionales? Naciones Unidas y sus agencias (ACNHUR, OMS, ONUDC, OIM) mantienen distintos programas en una [Estrategia Integrada para el Sahel de Naciones Unidas](#) (UNISS). Pero la enormidad de las cuestiones abordadas, la heterogeneidad de posiciones y agendas de los actores más poderosos en la región, limitan enormemente la efectividad de estos esfuerzos. Por su parte, las organizaciones regionales han reivindicado el [papel de la política regional africana](#) en la solución de problemas africanos. La **Unión Africana** [ha suspendido de participar en la organización a seis](#) de los siete países que han sufrido recientes golpes de estado, exceptuando a Chad.

Por su parte la **Comunidad Económica de África Occidental** (CEDEAO/ECOWAS) liderada por Nigeria, también [ha censurado cada uno de los golpes de estado](#) sufridos en los países miembros (Mali, Burkina, Guinea y Níger), ha impuesto sanciones e incluso ha llegado a amenazar con una intervención militar en Níger. Este último movimiento está detrás, como vimos, de la configuración de la Alianza de los Estados del Sahel por parte de los nuevos gobiernos de Mali, Burkina y Níger. La posible intervención, por su parte, ha encontrado importantes reticencias de otros miembros de la organización, y las autoridades nigerianas están optando por un acercamiento más diplomático. En cualquier caso, las debilidades institucionales y financieras de las organizaciones africanas, así como las carencias democráticas de muchos de los países que las conforman, convierten en paradójicas y poco eficientes las iniciativas que se llevan a cabo en su seno a favor de la estabilidad y la democracia.

Reflexiones finales

En 1996, el malogrado economista político nigeriano Claude Ake escribía un libro titulado [Democracy and Development in Africa](#) en el que apostaba por la democracia como modo de asegurar el desarrollo en África. Uno de sus principales argumentos era que *el desarrollo no se había intentado realmente en África* nunca, y que solo a partir de la participación amplia de la población se podría alcanzar. Treinta años más tarde, la situación de muchos países africanos vuelve a poner en duda el potencial desarrollista de la democracia.

Eso parecen pensar muchos de los actores protagonistas del drama que viven los países del Sahel y más allá. Mientras los militares golpistas parecen pensar que pueden ser mejores gobernantes que los civiles, los grupos yihadistas consideran que la democracia no hace sino profundizar en la alienación de sus sociedades. Por su parte, ni Moscú ni Beijing, que están reforzando sus posiciones en el continente, consideran que los derechos humanos deban ser elementos esenciales de sus políticas. Más grave aún es que las potencias tradicionalmente adalides de esos valores, como Estados Unidos o Francia, en poco contribuyen a los mismos con sus políticas de lucha contra el terrorismo o su búsqueda de minerales esenciales.

Más que [denunciar los escasos dividendos que ha traído la democracia](#) a África, podríamos parafrasear a Ake y afirmar que **la democracia no se ha intentado realmente** en muchos lugares del continente. De hecho, en su libro, Ake ya advertía contra concebir la democracia exclusivamente como un mecanismo para la alternancia en el poder de grupos políticos enfrentados.

No se trata de desmerecer aquellas instituciones que permiten que el conflicto entre grupos políticos rivales se canalice a través de la competición reglada en unas elecciones. Pero es evidente que la participación política y el disfrute de la ciudadanía conlleva otros elementos, ausentes en muchos países africanos, como instituciones políticas sólidas y contratos sociales básicos entre gobernantes y gobernados. Y mientras los gobiernos respondan más a los intereses de sus socios económicos y militares, los contratos sociales con sus poblaciones, necesarios para asegurar políticas desarrolladoras y redistributivas, serán siempre secundarios.

Al mismo tiempo, mientras el mantenimiento de la soberanía formal se ponga por delante de proyectos más amplios de integración regional, la escasez de

recursos en manos de los estados individuales tampoco permitirá liberar a sus gobiernos de buscar apoyos externos. Por último, mientras las personas que huyen no encuentren lugares seguros, incluyendo Europa, seguirán siendo rehenes y participantes de una vorágine de degradación política y social, que puede acabar por afectar a regiones cada vez más amplias.

Es difícil imaginar que los nuevos gobiernos salidos de estos golpes militares, o los líderes de los movimientos armados que los enfrentan, sean capaces de avanzar en la dirección de mejores contratos sociales entre gobernantes y poblaciones. Aunque también es necesario subrayar que la diversidad de situaciones que hemos descrito puede resultar en escenarios políticos significativamente distintos en cada uno de los países.

Conoce el Grupo de Estudio de las Transformaciones de la Economía Mundial (GETEM) y el resto de Cartas publicadas

